

El Padre con grande ánimo y con espíritu libre, aunque en cuerpo preso, les comenzó á predicar las verdades católicas de nuestra santa fe; mas estando haciendo este oficio por un rato, procurando ablandar aquellos pechos duros y obstinados, uno de los gentiles, despues de haberle dado un recio golpe en la cabeza, le atravesó de parte á parte el suyo con una lanza, abriendo puerta por donde aquella santa alma volase á las moradas eternas, la primera de una lucida escuadra de mártires que despues mataron, dándola en manos de su Señor, á quien tierna y afectuosamente llamó muchas veces en aquel paso dichoso, invocando el dulcísimo nombre de Jesus.

Despojáronle ántes de espirar de todos sus vestidos bañados en sangre, los cuales daba de buena gana el verdadero discípulo de Cristo, por ser más semejante en la muerte á su Señor y Maestro, á quien perfectamente habia imitado en vida.

Acudieron despues de algun tiempo los fieles á buscar el santo cuerpo del P. Fernando de Tobar en el lugar de su martirio, pero no hallaron de todo él más de una canilla; entendióse que los indios acajes, que son amigos de carne humana, y andaban en compañía de los apóstatas rebelados, se lo habian comido con inhumanidad bárbara, para que no sólo padeciese este santo varon en vida, sino tambien en muerte, de la manera que ser podia, y el Señor tuviese más que honrar á su siervo, como lo hizo aún acá despues de su muerte.

Ocho dias despues de ella testificó el P. Francisco de Arista, Superior que entónces era de aquellas misiones, que se le apareció en sueños el P. Hernando de Tobar con rostro difunto. Dióle mucho cuidado y sobresalto al Padre Arista; y, con deseo de saber del estado de su alma, le preguntó: «¿Qué es esto, P. Hernando, dónde está?» El bendito Padre, mostrando de repente el semblante mudado, muy alegre y resplandeciente, respondió: «En el cielo estoy, P. Francisco de Arista, donde lo tengo todo,» y con esto desapareció la vision, quedando el Padre bañado en devocion y consuelo.

Tambien testificó el P. Dr. Pedro de Hortigosa, Catedrático de Prima de Teología en nuestro colegio de Méjico, que habia criado al P. Hernando de Tobar, y sido su maestro con particular aficion y grande estima de su singular virtud y modestia, que despues de haber venido la nueva de la muerte de ocho Padres, en sueños se le representó una nubecica, y en ella muchas palomas, que no contó cuántas eran, las cuales venian volando de la parte del poniente hácia él. Tuvo grande deseo de que se le viniesen á la mano, y ellas apriesa se asentaron sobre sus brazos muy mansas, halagándole y diciéndole: «Alabemos al comun Señor.» Y despues de haber estado un rato causándole grande gusto, la que iba delante le mostró un rostro muy hermoso, en que

reconoció al P. Hernando de Tobar. Llegóse como á dar paz al Padre, y en esto lo dejaron muy consolado y alegre, persuadido con grande firmeza, que aquella era representacion de las almas santas de los ocho Padres mártires, aunque sólo reconoció al primero de todos, el P. Hernando de Tobar, el cual murió de solos treinta y cinco años de edad, y el dia de su santa corona fué á 16 de noviembre del año de 1616.

P. NIEREMBERG.

PP. DIEGO DE OROZCO Y BERNARDO DE CISNEROS

Dos dias despues de la gloriosa muerte del bendito P. Hernando de Tobar, llegó la misma conjuracion y alzamiento de los indios tepeguanes, por instigacion del demonio, que los movia á la idolatría y adoracion de los falsos dioses y destruccion del Evangelio y de los Padres que lo enseñaban, derribando iglesias y rompiendo imágenes y ornamentos sagrados, al pueblo de Santiago Papasquiario en la Nueva Vizcaya, provincia de Méjico.

Residian en aquella provincia doctrinando y enseñando á los indios con mucho cuidado y trabajo el P. Diego de Orozco y el P. Bernardo de Cisneros, á los cuales juntamente quitaron la vida los bárbaros, en odio y aborrecimiento de la fe y doctrina que enseñaban.

Fué el P. Diego de Orozco español de nacion, natural de la ciudad de Placencia en Extremadura, hijo del Dr. Antonio de Orozco, regidor de aquella ciudad y abogado de los Consejos y de D.^a Isabel de Toro, sobrino del Maestre de campo Rodrigo de Orozco, Marqués de Mortara, Gobernador de Alejandría de la Palla.

Entró en la Compañía en el colegio de Salamanca, á los quince años de su edad, y á los veinte y ocho le sucedió la dichosa muerte, para la cual se dispuso luego que entró en religion, deseando pasar la vida entre gentiles, para ganar almas á Dios y alcanzar para sí la corona del martirio, del cual trataba muchas veces con grande gusto, alentando la esperanza de tan grande bien.

Fué tanta la instancia que hizo el P. Orozco para entrar en esta empresa, que, no obstante su poca edad y ménos salud y la grande resistencia de mu-

chos y muy nobles parientes suyos, guiado del divino espíritu por medio de la obediencia, pasó á la Nueva España, y áun, para alejarse más de sus deudos y de ocasiones de volver á su tierra, quiso pasar al Japon, prometiéndose allí más cierta la corona del martirio. Mas no alcanzando esta mision, acabados sus estudios y señalado en todo género de virtudes y tan aventajado en la Filosofía y Teología que pudiera ocuparse con mucha satisfaccion en cualquier lucido puesto, con tener muy delicada salud y pocas fuerzas, aspiró y pidió con grande instancia ocuparse en las misiones y ministerios de indios; y así, atendiendo á su mucho fervor, fué enviado de la santa obediencia entre los tepeguanes, con los cuales trabajó apostólicamente, discurriendo de día y de noche con grandes descomodidades por varias partes, doctrinando y cultivando aquellos corazones duros, de los cuales recibió despues el premio de sus trabajos, ó por mejor decir, de la mano del Señor por medio de estos bárbaros.

El P. Bernardo de Cisneros era tambien español de nacion, natural de Carrion de los Condes, en Castilla la Vieja, de edad de treinta y cuatro años; vivió diez y seis de Compañía, en los cuales se esmeró mucho en la virtud de la humildad, y por ella y por una grande afabilidad y rara modestia que en su rostro resplandecía, era tan amado de los de casa y de los de fuera, que no habia ninguno que no le tuviese singular afecto y amor.

Tuvo grande observancia de las reglas; fué muy amigo del recogimiento, cuidadoso en el silencio, fervoroso en la oracion y trato con nuestro Señor, en el cual Su Divina Majestad regalaba su alma con muchos consuelos, raptos y éxtasis. Finalmente, desde el tiempo de sus estudios fué tenido de todos por ejemplo de toda virtud y perfeccion religiosa.

Deseó ir á las misiones de los indios, por el ardiente celo que tenia de la salvacion de las almas; pero por no apartarse un punto de la perfecta indiferencia en las manos de nuestro Señor y de la santa obediencia, y receloso de su propia voluntad, y juntamente aficionado al recogimiento, observancia regular y á la frecuente y continua sujecion á los Superiores que se tiene en nuestros colegios y casas; no se atrevia á pedir le enviasen á misiones. Mas cuando la santa obediencia le dió esta ocupacion, fué á ella con sumo gusto, grande ánimo y deseo de trabajar mucho por Cristo, diciendo que, con el apoyo y confianza de la obediencia, no habia que temer los enemigos espirituales ni los corporales.

Ejecutólo admirablemente en la cultura de los tepeguanes, cogiendo para sí el glorioso fruto del martirio. Porque, aunque estos dos Padres tuvieron noticia de la apostasia y rebelion de los indios que hemos referido, no quisieron huirles el cuerpo, sino ántes trataron de desengañarlos y apaciguarlos,

volviéndolos á la fe católica, prefiriendo la salud y vida de aquellas almas á la de sus propios cuerpos.

Entendiendo, pues, que ya los indios idólatras sobrevenian armados de furor y hierro contra ellos, cerrados los oidos y entendimientos á la razon; los Padres con algunos cristianos se acogieron á nuestra iglesia, para huir el golpe á los enemigos de la fe, que les dieron algunos combates, poniendo dos veces fuego á la iglesia para abrasarlos en ella.

En esta ocasion se mostró grandemente el pecho cristiano del P. Bernardo de Cisneros, porque viendo la pertinacia de los enemigos, un dia de los tres del cerco abrió de par en par las puertas de la iglesia, y poniéndose en medio de ellas, con un admirable pecho y ánimo esforzado les comenzó á hablar, persuadiéndoles con buenas palabras y razones eficaces que desistiesen de su mal intento, alzasen el cerco y se volbiesen á la verdadera fe y camino cierto de su salvacion. Mas ellos, con los corazones endurecidos, respondieron al Padre con un torbellino de flechas, de manera que si los españoles no le apartaran presto de la puerta, allí acabara la vida cubierto de saetas; pero todavía le quedaron atravesados los brazos con algunas de ellas. Y porque los españoles se lastimaban y compadecian mucho de sus heridas, el Padre con grande valor les dijo: «No es ahora tiempo de eso, sino de resistir valientemente y defender la iglesia del ímpetu de los idólatras, que eso es lo que importa;» y tomando con sus propias manos las flechas por lo que salia de los brazos de una y otra parte, las quebraba y arrojaba sin dar señal alguna de sentimiento, como si no fueran sus brazos los atravesados.

Prosiguieron los indios con la victoria, y para mostrar claro el odio de la fe, que en sus corazones habia encendido el demonio, sacaron á vista de los Padres una imágen de nuestra Señora, que estaba en una ermita cerca de la iglesia, y tomándola uno á cuestras, otros dos la dieron dos mil azotes con bárbara impiedad y excesivo dolor de los piadosos y religiosos Padres.

Otros sacaron un Crucifijo, y sacrílegamente le arrastraron é hicieron pedazos contra una esquina diciéndole: «Ladron, borracho,» y otras tan horribles blasfemias, que aunque se erizan los cabellos y las orejas se quisieran tapiar para no oirlas, y el alma se estremece de sólo pensar se haya hecho tal injuria á su Criador; con todo eso no he querido faltar á la fidelidad de la historia en referir algunas, porque se nos declara en su sufrimiento la infinita paciencia de Dios, que á tan grandes blasfemos no tiró rayos del cielo. Y no sé en qué otro caso venga mejor lo que notó Tertuliano, que por la paciencia no repara Dios en su descrédito.

El mismo desacato usaron con la santa Cruz que estaba en el cementerio de la iglesia, embistiendo á caballo contra ella con sus lanzas, á manera de

justa ó sortija, hasta hacerla pedazos gritando á los Padres: «Nosotros sí que tenemos Dios vivo, y no vosotros, que no teneis sino Dios de palo.» Despues, para no dejar género de impiedad ni sacrilegio con que no ofendiesen á Dios, y atormentasen aquellos sus siervos con mayor tormento que el mismo martirio; pusieron en las andas sagradas de los santos á dos ó tres perversas indias que habian fomentado mucho el alzamiento y apostasia de la fe, haciéndoles ofrendas y reverencia, como gente del todo poseida del demonio.

Últimamente, despues de haber quemado otras casas, pusieron fuego á nuestra iglesia, de manera que, sin poderle apagar, se iba toda quemando con los que dentro estaban.

Viendo los indios apóstatas el aprieto en que estaban los Padres y algunos otros cristianos de su compañía, les ofrecieron engañosa libertad, pidiéndoles las pocas armas que tenian, y escapando del incendio, se fuesen en paz á Gudianá, porque no quedaba satisfecha su bárbara crueldad con que el fuego abrasase á los Padres y cristianos, sino que deseaban ejecutar con sus propias manos la muerte, bañándose y relamiéndose en la sangre inocente de los mártires.

Aunque los de dentro se aseguraban poco de los bárbaros por verlos ya sin fe y poseidos de los demonios, que los incitaban á todo género de crueldad, en especial el P. Cisneros, que siempre fué de parecer que resistiesen, y muriesen en la demanda, sin darse jamas á cortesía de los infieles; todavía hallándose sin otro remedio, de parecer de los más, aceptaron el partido, y así salieron de la iglesia en procesion, llevando el P. Diego de Orozco la custodia del Santísimo Sacramento en las manos, y un capitán una imagen grande de nuestra Señora en las suyas.

Los apóstatas, fingiendo arrepentimiento, llegaban á adorar el Santísimo Sacramento y á besar la mano al Padre que lo llevaba, para con eso asegurar más á los pocos soldados católicos que allí iban, y juntamente con maña les quitaron algunas armas que les habian quedado, no osando ellos darse por entendidos, ni mostrar recelo ni poca seguridad, aunque no tenian ninguna, haciendo, como dicen, del ladrón, fiel, por verse imposibilitados de defensa á fuerza de armas.

Pero por si podian á fuerza de razones, el P. Orozco, con grande blandura y muestras de amor, les comenzó á hablar, diciéndoles que advirtiesen que aquel Señor que en sus manos tenia los habia criado de nada, y redimiéndolos con el precio de su sangre, que era juez de vivos y muertos, y así, si no se arrepentian de lo hecho y trataban de enmendarse y volver la hoja, los castigaria severamente, tomando venganza de sus desafueros.

Quitáronse los idólatras la máscara de devocion y arrepentimiento, y descubriendo la cara de sus errores, falsedad y odio contra nuestra santa fe, dijeron al Padre con grande desvergüenza que mentia, que nuestro Dios no hablaba como el suyo, el cual aquel dia les habia dicho que todos los cristianos habian de morir, y luego embistieron con el Padre con un furor diabólico.

Arrebatáronle la custodia del Santísimo Sacramento de las manos, y dieron con ella en la pared, comenzando á pisar y acosear el tremendo y venerable Sacramento hasta hacerlo muy menudos pedazos en el suelo, diciéndole juntamente horribles blasfemias. ¿Quién pensara que no se habia de abrir aquí la tierra y tragar á estos malditos, y que los elementos no se habian de conjurar para vengar las injurias de su Criador? Pero su infinita paciencia excede á todo pensamiento humano, y en este Santísimo Sacramento sufre, como notó S. Juan Crisóstomo, más que lo que padeció cuando fué crucificado.

Luego con la misma impiedad dieron los tiranos tras la imagen de la Santísima Virgen nuestra Señora, y la hicieron pedazos. Pasó el odio á los siervos de Dios, solamente por serlo y por haberles enseñado la santa fe católica, y asiendo ocho indios al P. Diego de Orozco, le levantaron en alto, diciéndole por escarnio del santo sacrificio del altar: *Dominus vobiscum*, y respondiéndole otros: *Et cum spiritu tuo*, y otras palabras de la Misa; y estando el santo varón con grande serenidad de ánimo, diciéndoles: «Haced, hijos míos, de mí lo que quisieredes, que por mi Dios muero, á quien debo todo lo que soy,» le tiraron una flecha que le pasó la espalda de una parte á otra; y despues, teniéndole unos por los brazos en forma de cruz, otro con un hacha le abrió todo el cuerpo de arriba abajo, haciendo de esta manera el Padre con mucha voluntad suavísimo holocausto de sí á su Criador. Al dichoso P. Bernardo de Cisneros dieron una cruel lanzada en la cabeza, y con este y otros muchos golpes dió su santa alma al Señor, en defensa de la fe y religion, porque tanto habia trabajado.

A estos dos confesores de Cristo dedica Gerardo Montano estos dos epigramas:

DIDACO OROZCO

*Tempora telorum circum stridente procella,
Nobilis obiecto numine pelta tegit.
Vallatum solida stat religione, nec arcus
Nec ferri nimbos pectus et arma timet.
I nunc, et plenis in te reditura pharetris
Barbaries caeca, proiice tela manu.*

BERNARDO CISNERIO

*O cui pro canae pectus pietatis honore
 Fixit inhumana lancea torta manu,
 Excipere adverso dubites ne pectore ferrum,
 Vernat in has coelo missa corona comas.
 Candida Idumaeae libescunt lilia palmae,
 Ista manus flavas ornet ut illa comas.*

P. NIEREMBERG.

PP. JUAN DEL VALLE Y LUIS DE ALABEZ

EL mismo día, que fué viérnes diez y ocho de noviembre, en que los indios tepeguanes de Santiago Papasquiario dieron la gloriosa muerte al P. Diego de Orozco y P. Bernardo de Cisneros, otros idólatras de aquella conjuración, con la misma instigación del demonio, deseosos de extinguir del todo la fe de Jesucristo de la cual ya ellos habían apostatado, martirizaron á los dichos Padres, verdaderos hijos de S. Ignacio, Juan del Valle y Luis de Alabez, en el pueblo de S. Ignacio de la Nueva Vizcaya, por otro nombre el Cape.

Era el P. Juan del Valle natural de Vitoria, en España, de edad de cuarenta años y veinte y cinco de Compañía, profeso de cuatro votos. Tuvo grande celo de la conversión de los gentiles, y trabajó mucho en procurarla con mucha aplicación y gusto, como si hubiera nacido para aquello, habiéndole nuestro Señor dado muchos y grandes talentos en que se pudiera ocupar con mucho lustre. Especialmente trabajó por la conversión de los tepeguanes, entrándose solo entre ellos con mucha seguridad y ánimo, entre grandes peligros en que le puso el demonio que lo aborrecía mucho.

No le retiraron los terrores y amenazas de muerte que los indios instigados del demonio le hacían; y así, con un ánimo varonil, pospuestos todos los peligros, quitó un ídolo perjudicial que los bárbaros tenían en una quebrada,

echándole á rodar una cuesta abajo para hacerlo pedazos, lo cual sintió tanto el demonio, que hizo horrendas demostraciones, causando un espantoso terremoto en toda aquella tierra y un grande fuego en el aire, que mostraba quererle abrasar todo.

Con este y otros medios instigó el demonio á que echasen de su tierra al P. Juan del Valle; pero no pudo ser vencida su constancia y celo, ántes perseveró trabajando, hasta que vencidas grandes dificultades, y, la que era mayor, la rebeldía y bárbara fiereza de los gentiles, los redujo á los pueblos de Sta. Catalina y S. Ignacio, adonde fuesen instruidos y doctrinados con más comodidad y más de propósito en nuestra santa fe.

Mas no se le acabó con esto al santo varón la materia de padecer, ántes estando en el pueblo de Sta. Catalina, que pertenecía á su doctrina, pretendió quitar á un indio mal cristiano dos mujeres con las cuales, con sombra de matrimonio, estaba en mal estado; y aunque el Padre lo procuró hacer con su acostumbrada suavidad, el pobre indio estaba tan apasionado, que frenético de enojo intentó matar al que como médico de su alma le quería sanar y dar la vida.

Fuese una vez para el pobre aposento del siervo de Dios con su arco y flechas con resolución de darle la muerte; pero nuestro Señor que lo guardaba para otra ocasión, cegó al indio de manera, que estando el Padre en medio del estrecho aposentillo, no le vió, y lo mismo le sucedió segunda y tercera vez. Hasta que dando parte del caso á otro indio, él hizo averiguación, y supo del Padre cómo todas tres veces á aquellas horas había estado en medio de su aposento, lo cual sabido por el agresor, conoció la especial providencia y protección que nuestro Señor tenía de su siervo, y, movido de la divina gracia, fué muy arrepentido á confesar su pecado al mismo Padre, pidiéndole con lágrimas perdón, y obedeciendo de allí adelante á sus amonestaciones, enmendando de veras su vida, quitadas las malas ocasiones.

Otras veces algunos indios enojados porque el Padre les iba á la mano en sus vicios y pecados, le dieron de bofetadas en el rostro, las cuales recibía el santo varón hincándose de rodillas con extraordinario consuelo de su alma, sin turbarse jamás ni perder la alegría y paz en estos y otros semejantes casos, por lo cual los españoles le llamaban P. Juan de Paz. Y para afirmar alguna cosa solían decir: «Así me dé Dios la condición y paz del P. Juan del Valle.»

Por esta paz y mansedumbre y por sus buenas entrañas y deseo del bien de todos, había alcanzado sobre los que trataba grande señorío y mano, en tanto grado que todos le tenían por padre, y como á tal lo amaban y re-